

ESE HERMOSO DESHIELO Y SU OLOR A PODRIDO.

ISABEL COIXET LO HA VUELTO A HACER

Joana Sabadell-Nieto
Hamilton College

Josephine Diebitsch Peary (1863-1955) fue la primera mujer blanca en formar parte de una expedición en el Ártico en 1891-1892; hizo seis en total. Estudió en una facultad de negocios y trabajó en la Smithsonian Institution. Hablaba varios idiomas y mereció la medalla de oro de la National Geographic Society, siendo una de las pocas mujeres que ha recibido esta distinción hasta la fecha. Publicó tres libros: *My Arctic Journal (1893)*, *Snow Baby (1901)* y *Children of the North (1903)*. Dedicó gran parte de su vida en apoyo al reconocimiento de que su marido Robert Peary había llegado al Polo (1909).

En un periodo en que el espíritu de aventura se presuponía característica de la masculinidad y la atención al hogar, de la feminidad, los logros de esta mujer son muy notables: estudiante en una escuela de negocios, exploradora, cazadora en el Ártico para poder comer y obtener pieles para sobrevivir el frío, escritora, geógrafa, *fundraiser*. Como antropóloga, organizó una exposición de cultura material y objetos inuit para financiar las expediciones al Polo, como concedora de la cultura inuit, aprendió de ellos costura y estrategias para la supervivencia. Josephine Peary parece una fuerza de la naturaleza.

Así, decidida, determinada, la conocemos en la película que Isabel Coixet le dedica no a la mujer fuerte y valiente que sin duda fue, sino a la que seguramente fue una de las expediciones más relevantes de su vida, la de aprender a vivir sin el aparente refugio de las convicciones ni de las grandes ideas. Es en ese viaje de vida y muerte, el de la frágil, vulnerable, perdida y finalmente superviviente Josephine en el que Coixet nos hace entrar.

Ir de colonias...

Nadie quiere la noche (2015) comienza con una voz en *off* que dice: “No estoy segura si ocurrió de verdad, pero justo antes de que amanezca...” y así nos sitúa en el recuerdo traído por el frío polar desde el pasado de su protagonista, que se instala en el presente desde el que va a narrar y en el nuestro, trayendo sus recuerdos, su comprensión y sus miedos —y tal vez los nuestros— a escena. Estamos en 1908, en la Isla de Ellesmere, Canadá, frente a la costa occidental de Groenlandia y el de nuestra película es un guion inspirado en la historia de personajes reales. Así comienza la reconstrucción de la memoria de Josephine Peary, cazadora, independiente, resolutiva quien intenta reunirse con su marido, Robert, y con su expedición, porque quiere participar de la llegada al Polo.

Al menos dos hilos se entremezclan a lo largo de la historia que se nos va a contar y se ofrecen a nuestro análisis. Uno es colonial (postcolonial, si lo pensamos desde la crítica de la narración presente, pero colonial en su desarrollo en tiempo real); es el relato de viaje y conquista, un relato que se sostiene sobre dicotomías binarias. El otro, es una historia personal que lo es solo en apariencia durante gran parte de la película; un relato que, en público, refuerza la expedición colonial, puesto que nuestra protagonista está también sujeta a la idea, a la ciencia, a la expedición de su marido y a la sublimación del valor “superior” del proyecto, a la civilización que éste (proyecto, marido) parece extender y que Josephine representa y extiende también en su ausencia

—especie de delegada de la expedición científica de Mr. Peary—. Pero en privado, se va abriendo camino una transformación hacia lo subjetivo/feminista que se hará central hacia el final de la película y cuando ésta se piensa como relato, es decir, cuando ha pasado el tiempo y tanto su protagonista como los espectadores de su imponente historia han aprendido e incorporado las experiencias radicales que en ella se cuentan.

En propia voz, Josephine Peary, que se ha desplazado hasta Ellesmere y quiere cruzar a Groenlandia, reconoce su dependencia personal de la expedición, cuando afirma refiriéndose a la empresa de su marido: “Hice míos tus sueños y olvidé los míos. Quizá no los tuve nunca”. Con esta confesión, deja entrar una fractura en este proyecto en apariencia común. Las expediciones de Mr. Peary han sido el centro de la vida de ambos... ¿O no? ¿O sólo de él? Sólo mediante procedimientos complejos, transformadores y radicales, Josephine Peary llegará a ser un sujeto mujer.

Cuando me vengo refiriendo al discurso colonial, estoy pensando en los modos en que se actúan en la película los binomios humanos/infra-humanos, exploradores/sirvientes, ciencia/naturaleza, blancos/nativos, americanos (nacionales)/inuit (transnacionales), imprescindibles/ prescindibles, civilizados/salvajes, humanos/animales, necesarios/útiles, memorables/no llorables, muerte/desaparición. El binomio hombre/mujer no opera en apariencia durante gran parte de la película en esa ficción de Josephine Peary que se ve a sí misma y es mostrada como mujer-que-manda-como un hombre, pero cuyo proyecto de vida es coincidente (con el de él), mujer exploradora cuya vida personal está al servicio de la idea (la civilización, la de su marido).

Pero la muerte acecha y terminará por entrar en esa vida diseñada y normativa, esa casi no-vida, sino proyecto, que es la única que se reconoce y se valora para hacer posible la exploración del Ártico. Los modos en que la muerte se manifiesta como amenaza son constantes, imponentes e imposibles de ignorar a largo plazo; están las dificultades meteorológicas extremas y el riesgo constante de congelación y muerte sobre todo para los otros, para los inuit y los perros, de quienes depende todo; pero también para el guía irlandés, un mediador no refractario, que es parte del lugar y de su gente, por quienes ha sido transformado. Bram Trevor es prueba viviente de que otros modos de ser blanco son posibles.

Con el aislamiento, la soledad extrema, la enfermedad y la imposibilidad de mantener la apariencia de vida de clase alta occidental cerca del círculo polar, se hace imperiosa la necesidad de reajustar, de tener que contar con, de tener que aprender de, de tener que comunicarse, compartir, subsistir con y gracias a los y las otras. La supervivencia misma, la vida, depende de dejar de detentar la inmunidad y de constituirse en comunidad con otros, y en especial, cuando todos los demás se han ido o muerto, con la OTRA, otra como ella, pero no ella.

Otras comunidades son necesarias y se harán posibles. Pero toda comunidad implica cesión.

Colonizad@s

Nuestro corazón feminista late durante cierto tiempo con Josephine al comienzo de su viaje, porque, considerando que está inscrita en las expectativas de la sociedad de fines del XIX y principios del XX, no deja de producirnos admiración.



Decide viajar voluntariamente a ese remotísimo lugar en Groenlandia para reunirse con Robert Peary en nombre del amor (se dice a sí misma y en público), pero sobre todo de la ciencia, de las ideas... que parecen ser el motor originario del viaje y de gran parte de la historia que se nos cuenta.

Ante todo ello, Josephine Peary se nos manifiesta paulatinamente como inflexible, de ideas fijas, inhumana y, por todo ello, vamos simpatizando menos con ella a medida que la vamos descubriendo no tanto como agente sino como agente del proyecto de su marido, como agente de la misión, de la idea, cuando la vemos actuar por una especie de sublimación de una ausencia de vida afectiva que compensa con una narrativa justificadora de la civilización y de los sacrificios necesarios para ello.

Bauman se ha referido a estas cuestiones cuando explica cómo, si actuamos como consecuencia de un “mandato”, el de querer a nuestro marido, el de servir a la causa, el de sacrificar nuestra vida a la ciencia, a la profesión, como proyectos superiores a los cuerpos, a los seres humanos y a nosotras mismas, cuando nos sometemos a ese mandato nos encontramos, como Josephine, “osificados en la ideología” (Bauman en Andrés 24). Es en nombre de esa ideología que se producen algunas de las mayores crueldades en la película (y en la Historia), muertes, los mayores errores, y acaba casi costándole la vida a la protagonista.

Esa mujer, en apariencia sin cuerpo, empieza a producirnos emociones negativas, sobre todo disgusto y desconfianza por ver, por reconocer en ella, en su actitud y en su viaje/expedición, esa antigua y permanente falta de empatía con los otros y las otras, la falacia de que las ideas preceden a los cuerpos, a las vidas. La propia Coixet ha dicho en una entrevista que la señora Peary le parece insoportable.

Josephine se va mostrando a nuestros ojos y, paulatinamente a los suyos propios, como la exploradora vicaria, que contribuye a extender el impulso invasor/civilizador en la tierra helada de los inuit y es, con ello, la personificación y la agente de las palabras en mayúscula. En su caso, estas palabras son civilización, ciencia, exploración, amor, hombres; ella se cree una más entre ellos; ella, mujer/hombre.

Con sus acciones y sus palabras demuestra la letalidad de las ideas vacías de vida y que vacían de vida; con su inhumanidad, con su no reconocimiento de humanidad más que para los blancos de la expedición y ni tan siquiera, va vaciando de vida a su paso. Nada es relevante excepto el plan trazado, ni siquiera su vida personal, ni siquiera su propia vida, sacrificada por la causa antes y durante el viaje.

Es altamente significativa a este efecto, la cena occidental de alta sociedad en medio del hielo que organiza Josephine: con vino, alta gastronomía, y rituales que refuerzan la civilización

frente a la barbarie. A dicha cena asisten solo quienes tienen capacidad de decisión, quienes han financiado la expedición, la anfitriona y el experto guía, que la va a acompañar en su inminente viaje hacia el norte. Se pronuncian pequeños discursos, se celebran los avances y se hace un resumen de la expedición, que se considera un éxito. Se celebra además que nadie haya muerto. ¿Nadie? Este es el momento en que el guía recuerda que han muerto hombres inuit ante los ojos de uno de los presentes; algo que, por lo que parece, para los invitados no es memorable o como mucho es un precio que hay que pagar para que la expedición pueda continuar.



En esta escena se pone de manifiesto por primera vez y con crudeza la no *llorabilidad* de ciertas vidas y su valoración desigual: no se recuerda a los salvajes, a los prescindibles, a los meramente útiles, a quienes no mueren sino, simplemente, desaparecen.

¡Es la ley!

La exploración, vamos viendo, se blindo contra lo que no es ella misma; se inmuniza, como su propia líder, contra lo otro y de esa inmunidad depende su supervivencia, su empuje, su razón misma de existir. ¿Cómo, si no, se podría hablar de éxito? ¿Cómo, sin reducir lo externo a daños colaterales? Lo hemos visto en la lucha antiterrorista, en la invasión de Irak, en Siria y en la ‘desaparición’ paulatina de los refugiados que llegan a Europa. “Así la inmunización se vuelve no solo el instrumento sino también la forma de la civilización occidental (...). La protección inmunitaria de que se habla aquí está conformada sustancialmente por el derecho. Este sustituye —no suprime— el sacrificio ritual dentro de su misma lógica” (Esposito 60-61). Pero pronto la cámara y Coixet dan a ver muertes reales: son las primeras víctimas del mandato directo de la jefa de avanzar, contradiciendo con ello las recomendaciones de quienes conocen el terreno. Todos los

perros mueren bajo un alud que, letal como es, no es nada comparado con lo que se viene encima poco después. Y es que “Mueren perros todos los días. Eso no cambiará nunca” se explica.

Sara Ahmed, apoyándose en Butler nos recuerda: “how emotions work to differentiate between others precisely by identifying those who *can* be loved, those who *can* be grieved, that is by constituting some others as the legitimate objects of emotion. This differentiation is crucial in politics as it works to secure a distinction between legitimate and illegitimate lives (Ahmed, 191). La nieve, la naturaleza son impredecibles, no se contienen mediante la ideología. Sin embargo, la señora Peary empuja a seguir avanzando y colonizando.

Por eso y poco después, ante el hallazgo de un hombre inuit muerto, la protagonista insiste en enterrarlo bajo una cruz, a lo que su guía/acompañante, comenta inútilmente: “¿Cómo sabemos que es lo que habría querido? (...) Los esquimales no necesitan nada de eso”.

Pero, como se considera válida una narrativa, la cruz se impone, como lo hacen también esas señales que marcan el paso de la exploradora por los parajes de Groenlandia: “Aquí durmió Josephine Peary en 1908”, se lee en una de esas pequeñas banderas que va dejando. Y es que como aclara el Esposito de *Inmunitas. Protección y negación de la vida* (180) “El resultado [de la inmunización] es un auténtico intercambio dialéctico entre un bien que deriva del mal y un mal que se transmuta en bien en una suerte de indistinción progresiva”. Así es la lógica de la no distinción: todo lo que sirve a la gran idea es necesario, no es malo, ni llorable. Las muertes y todo lo que nos acerca a esa gran expedición es dispensable y no reconocible más que como ese problema necesario. En otro momento, poniendo en peligro la vida de sus ya únicos acompañantes (el guía irlandés, el experto inuit y los perros), y ante la dureza extrema de las condiciones, la señora Peary concluye: “Dios estaba de nuestro lado. ¿Cómo podría no estarlo?”

Empujada por el deseo de Josephine de “perdersse en los ojos llorosos de su marido”, y a pesar de las recomendaciones de no seguir, de las deserciones y de las muertes, la expedición avanza a costa de todos. Bram Trevor, el guía, es salvado de la muerte provisionalmente por su compañero inuit. Ante todo ello, la señora Peary hace un nuevo esfuerzo inmunizador y tan solo concluye: “Lo hemos conseguido. Hemos llegado al otro lado”.



Pero Trevor acabará muriendo. Antes le pide a Josephine: “Cave mi tumba, no quiero que me devoren los animales salvajes y, Josephine, no pongas cruz”. Ella, que va aprendiendo y empezando a escuchar ante las emociones suscitadas por la muerte de alguien, ahora sí, cercano a ella, hará constar en su lápida lo siguiente: Bram Trevor, fecha de defunción, irlandés y “miembro de la expedición de Robert Peary”. Nuestra exploradora empieza a bajar la guardia, cuando escucha y atiende a las emociones.

Finalmente llegan al campamento en el que solo queda un miembro de la expedición, que continúa avanzando hacia el Norte. Este hombre, casi muerto, gangrenado, meando sangre, le explica a Josephine cuestiones relativas al modo de actuar de su marido que refuerzan la imagen explotadora de Robert Peary: “cuando se me congelaron las manos, me dio un cuchillo, algo de carne, aceite de foca y me dijo que volviera”. Y concluye: “Me abandonó como a un perro”, a lo que haciéndose eco de la relevancia de la expedición, aunque con un asomo de duda, la señora Peary afirma: “El Teniente hizo lo que debía hacer”. Volveremos a esto en las conclusiones y análisis del final de la película.

Por si nos habíamos dejado seducir por el placer de ver esos vestidos rojos que no impiden a Josephine cazar, avanzar y planificar, por si teníamos la mirada embriagada por los terciopelos, los candelabros y esos velos exquisitos sobre sombreros imposibles que destacan y resaltan ese blanco que no termina nunca del hielo y la nieve, si nos habíamos dejado encantar por todo ello, las afirmaciones taxativas e inhumanas de Josephine y, en ausencia, de Robert Peary, nos despiertan de la ensoñación, del espejismo, de la pornografía estética y de la gratificación inmediata que no resiste el análisis.

Coixet juega espléndidamente con las superposiciones: con la música y la gramola sonando en el aislamiento más absoluto, con los vinos y las cenas ampulosas, las vajillas y el cristal en una cabaña cuya fragilidad protege a duras penas y revela una meteorología que acecha y que mata. La de Josephine es una obstinación que los espectadores podemos encontrar sorprendentemente admirable en algún momento, pero que como los terciopelos rojos con que se viste, no puede sostenerse en el tiempo. Ante lo que se va mostrando no tanto como tesón, sino como testarudez y crueldad, ni la tenacidad de la señora Peary, ni nuestra complacencia como espectadores pueden durar. Y no duran.

Hasta aquí algunos elementos del viaje civilizador/colonial que nos va alejando de la figura de la Sra. Peary, ella misma personaje/sujeto colonizado. Ante la amenaza del invierno polar todos se van. Ella se queda y lee la máxima que su marido ha grabado en una tablilla de madera —“where there is no path make one”—, idea que va a resultar reinterpretada en los sucesos por venir y a partir de las emociones y transformaciones que de ellos resultarán.

Relaciones e invasiones

Nuestro rechazo a Josephine se va a empezar a disipar a medida que sus emociones y su vulnerabilidad relacional vayan despojándola de capas, de corazas, de aquellas ideas fijas, y la vayan humanizando, a medida que la exploración se vaya transformando en un internarse en la vida, en una lucha por la supervivencia para la que deberá ir abandonando la pesada armadura que la asfixiaba. El suyo acabará convirtiéndose en un viaje radical hacia el autoconocimiento y hacia una subjetividad como ensamblaje, hacia lo relacional (con los otros y la Otra).

En su empezar a sentir empatía, admiración, gratitud hacia los inuit, Bram Trevor ya había desempeñado una función relevante de mediador (tanto para Josephine como para quienes vemos la película). Aquel guía, conocedor de ambas culturas, interpreta para Josephine la realidad que ella es incapaz incluso de ver: aconseja, informa, pone en perspectiva, por ejemplo, que no todos pensamos, ni vivimos, ni sentimos igual; que nuestra ignorancia de los Otros no nos autoriza ni nos disculpa; que debemos valorar el conocimiento, las experiencias de los otros, porque somos

ignorantes visitantes en su tierra (nueva para nosotros, casa para ellos), y que de todo ello depende además nuestra supervivencia, porque ellos saben lo que nosotros no sabemos.

Josephine aprenderá esto en circunstancias extremas de las que depende su vida y la de los demás. Como hemos visto, es Trevor quien empieza a proporcionar información sobre las víctimas de esa exploración geográfico-científica. Pero esa información no habría conseguido atravesar la coraza de la ideología, si no hubiera sido por el cariño y admiración que nuestra protagonista le va teniendo y que él se gana con su actitud y sus cuidados hacia ella. Él es quien da noticia de que, por mucho que haya empeño en ignorarlo, “Esta es su tierra [de los inuit] y aquí también soy un extraño”, dice este hombre a quién las extensiones heladas le gustan porque lo acercan a la nada.

Vamos a ver dos ejemplos de esta potencial aproximación a los otros desde las emociones. En ellos se observa cómo la señora Peary desoye esta posibilidad, bloquea los afectos e impone la ley. Josephine está horrorizada ante el encuentro de un cadáver congelado de un inuit dentro de la cabaña en que se protegen. Lloro, se confía y abraza a su guía y quiere que se le entierre “apropiadamente”. Sam duda de la necesidad de tal cosa, pero ante los sollozos y el miedo de Josephine, concede que a él tampoco le gustaría que su cuerpo fuera devorado por los animales salvajes y se establece un dialogo breve, de complicidad, proximidad, de entendimiento mutuo en el que Sam dice que los esquimales no creen en Dios, y, desaprovechando el conocimiento que se le brinda, Josephine zanja la cuestión volviendo al mandato e imponiendo la ley: “Cumpla mis órdenes y hágalo. Los esquimales le ayudarán a enterrarlo”.

Poco después comprobaremos cómo esta impermeabilidad emocional que le impide aprender, es la marca de la casa Peary y cómo Robert Peary ha hecho de ello su norma. También apreciaremos la gran habilidad narrativa de Coixet, cuando en un momento de duda de Josephine ante la conveniencia de la ley, la sitúa bajo la bandera como lugar desde el que recobrar el sentido del deber y el saber cómo reconducir la situación que las emociones hacía tambalear.



A pesar de lo ocurrido, Josephine continúa insistiendo en la relevancia de la ley y en su afán por la disciplina, que es también autodisciplina, y continúa dejando su marca a medida que avanza, como si aquella tierra estuviera deshabitada. Para ello es necesario mantener un orden, ordenar. Y es que “La confianza en el orden —concluye Luhman— deviene confianza en el hecho de que de la negación de la negatividad surja un nuevo orden”. El orden, en definitiva, es a la vez origen, instrumento y resultado de lo negativo: no aquello que lo quita, sino aquello que lo mantiene convirtiendo en sentido productivo su carga negativa (Esposito 123). En consecuencia, y ante la

petición de su guía de abandonar la expedición hacia el norte porque las amenazas de la naturaleza ponen en peligro inminente las vidas de todos, Josephine invoca de nuevo el orden y la ley. Niega la negatividad y el peligro. Y en una síntesis que deja pocas dudas sobre el impulso tras la empresa y expedición de su marido, impone continuar porque afirma que: “Su empresa es más importante que los esquimales y toda su naturaleza y eso nos hace superiores”.

Refugios y deshielo

Rodrigo Andrés (2014) ha estudiado cómo la relación vecinal facilita la disolución de ciertos binarios, que dejan de ser operativos, y cómo en este tipo de relación otro régimen se va haciendo posible no basado en lo oposicional. Cuando el orden inmunitario que distanciaba a Josephine Peary de Alaka y su mundo empieza a resquebrajarse porque lo personal y las emociones entran en juego, ésta empieza a convertirse en un sujeto, poroso, permeable, y complejo. Veámoslo.

Josephine ha decidido esperar a Peary sola en una choza. Bram Trevor ha muerto, los demás han regresado. Se van todos y parece que se queda sola, aunque pronto descubrirá que no lo está. Alguien le deja comida a la puerta de su cabaña. Es Alaka, una mujer inuit que está en el iglú cercano, que Josephine ni siquiera había visto. En un encuentro anterior, Alaka ha querido identificarse con ella en su ser mujeres. Josephine se niega a cualquier empatía y sigue estableciendo su distancia e independencia.

Desde este momento y hasta que se haga inevitable reconocer la interdependencia de ambas, hará todo lo posible para mantener tanto su autonomía como el orden que se ha auto-impuesto e impone a su viaje; orden que necesita para producir su sociedad (de blancos, americanos, exploradores). Esa restauración del orden, esa inmunización, se hace imperativa cuando la idea se desestabiliza mediante la entrada de lo personal, cuando lo personal impertinente pone en peligro la idea misma, cuando la proximidad de la otra activa emociones de rabia, dolor, miedo, ternura, solidaridad y decepción. Del resultado desestabilizador de esas emociones, se deriva el intento de una acción cauterizadora ante la amenaza. Se trata de defender, de re-civilizar, de dejar de sentir. Pero, cuando descubra que Alaka es la otra mujer de su marido, a quien también está esperando, a Josephine le va a resultar imposible mantener la indiferencia y la distancia porque lo otro, la otra, entra a ser parte constitutiva de ella misma.



Ante ello, y pasados los primeros momentos de shock, la protagonista se resitúa y reacciona idealizando familia y matrimonio y, en consecuencia, no considerando el vínculo de la otra.

Reflexionando sobre los vínculos y sobre la reparación de la justicia y la injusticia, Sara Ahmed nos recordaba cómo:

The idealization of the family is not incidental. What is presumed in the literature on restorative justice is that injustice is caused by the failure of the social bond (the family, the community, the nation), is hence read as a sign of justice. What this leaves us is the relationship between injustice and the social bond, the ways in which, for example, the idealization of the family requires the *determination* of others *as* others [...] The making of the social bond involves conditions of love, which others will have failed. (198)

Si bien Ahmed se está refiriendo con estas palabras sobre todo a los sujetos *queer*, en el caso de Josephine y Alaka el sujeto *queer* que entra en juego es la otra constituyente, pero fuera del núcleo familiar, esa otra rarificada, otreada por su ilegitimidad literal/legal, por su exterioridad al pacto entre los dos miembros de la pareja, pero también por su no pertenencia a la raza, sociedad, comunidad, civilización, pactada/adecuada.

Ahmed acierta cuando nos dirige la atención hacia cómo las relaciones funcionan mediante la diferenciación de los otros. Y en una línea complementaria, Esposito también apunta al pretendido remedio frente a la amenaza, cuando insiste en los procesos inmunitarios y en cómo la necesidad de inmunidad presupone un mal que acecha y que se debe combatir. Ambos estudiosos advierten, pues, un mecanismo de reacción, utilizado para contrarrestar el mal “que debe enfrentar”, y “del que ‘se deriva su propia necesidad’. Para ello, para neutralizar el mal, la inmunización “[r]eproduce de forma controlada el mal del que debe proteger”. Y puesto que se establece una “relación entre protección y negación de la vida [...]: mediante la protección inmunitaria, la vida combate lo que la niega, pero según una ley que no es la de la contraposición frontal, sino la del rodeo y la neutralización” (Esposito, 16-17).

Resolutiva como es, tras conocer la traición a su confianza, a ese pacto que creía inamovible y después de llorar el mal que se le ha hecho, Josephine pone manos a la obra para encontrar el antídoto e intentar restaurar ese orden que ella necesita para vivir. Así la vemos como anfitriona de una cena para Alaka en la que despliega lujo, sofisticación, comida y vino, velas y regalos de despedida; todo ello para mostrarle a Alaka hasta qué punto es inevitable que salga, que se vaya de un mundo que no puede ser más extraño para una mujer inuit y sus costumbres; esta representación tiene lugar para que Alaka comprenda que no pertenece al mismo espacio que Peary y su esposa, y para que Alaka salga con regalos de la vida de ambos. Es en esa cena donde Josephine comprueba el gran conocimiento que Alaka tiene de Peary, la complicidad existente entre ellos, el cariño que su “otra” mujer también le tiene a su marido.

Tras la cena, en lugar de desaparecer, Alaka ha entrado a formar más parte de la vida de Josephine. Y vemos a Josephine caminar, llorar y sufrir, no en medio de su sociedad y su mundo occidental, sino en medio, rodeada del mundo de Alaka, de esa naturaleza, mundo de la otra, que empieza a envolverla también a ella. El intento de expulsión del mal, de la otra, obliga a la proximidad; y la cercanía demuestra que el mal está aquí para quedarse. Las vacunas para evitar el mal son una estrategia de exclusión mediante inoculación, es decir, mediante inclusión. Porque “[e]l veneno es vencido por el organismo no cuando es expulsado fuera de él, sino cuando de algún modo llega a formar parte de este [...]. Naturalmente, esta práctica homeopática de protección — que excluye, incluyendo, y afirma, negando— *no se consume sin dejar marcas*”. (Esposito 17, el subrayado es mío)



Y es que la otra la constituye. Y Josephine va a descubrir cuánto a medida que la noche empieza a cernirse hasta envolverlas y envolverlo todo en una simbiosis que desdibuja los límites y casi los confunde. Los fuera/dentro comunitarios también se diluyen: Alaka, entra, estando fuera literal y simbólicamente de la diada matrimonial, fuera de la aceptabilidad racial y comunitaria. Robert Peary, por el contrario, se queda fuera estando dentro. Los lazos relacionales se producen, se rehacen entre las mujeres, antes separadas, y poco a poco en comunidad; el binomio esposa/amante lejos de ser antagónico y al no ser ya regido por Peary, se disuelve y se hace complementario, para no abandonar a Josephine ya nunca más. Y es que, aunque producida fuera de la comunidad

[L]a relación quiebra los límites identitarios de los individuos y los expone a una alteración —y por ende a un potencial conflicto— por parte de los otros. O también, uniendo a sus miembros en un vínculo de necesaria reciprocidad, tiende a confundir los límites de lo que es propio de cada uno de ellos con lo que es de todos, y por tanto de nadie. (Esposito 36)

Cuando empieza la noche polar, el aislamiento físico de ambas mujeres llega hasta la casi suspensión de la vida en su intento de alejar o posponer lo más posible la muerte, este alargar la supervivencia, y se consigue gracias a los conocimientos y cuidados sobre todo de Alaka; sin ellos Josephine habría muerto en poco tiempo, pero Alaka la salva de morir congelada, mastica por ella para que pueda tragar cuando pierde los dientes por el escorbuto. Por su parte, Josephine aprende de Alaka a derretir nieve, a comer grasa, a sobrevivir, en suma, mientras ambas esperan ser rescatadas, mientras esperan a Peary y paulatinamente y, sobre todo, esperan a “la persona pequeña” que está a punto de nacer a la luz desde la noche, porque, como dice su madre, tampoco el niño quiere la noche sino la vida. Y, para que nazca a la vida, las dos mujeres han de cooperar. La cuestión de las ideas (el amor, la familia, la civilización, la humanidad o la ciencia) ha dejado paso a la necesidad de sobrevivir. Y para ello, la otra es necesaria.

Habiendo aprendido de la otra, Josephine es capaz también de cuidar y de proteger, especialmente justo antes y después del parto y del nacimiento de ese niño que crían ambas durante su breve vida: Chiua, como le llama su madre, es evidencia hecha cuerpo, evidencia encarnada de que la relación entre ambas deja la ausencia de Peary en exactamente eso, ausencia y no centralidad. Ellas dos y el niño son centrales, no se explican, no se sostienen sino en relación a ellas mismas.



Rodrigo Andrés, deteniéndose en las razones para aquel amar al vecino al prójimo como a ti mismo, señala algo particularmente pertinente a la obligada convivencia de Josephine y Alakasingwah. Y es esto: que a veces el amor, la relación “tal vez responda al mismo hecho de la vulnerabilidad humana y, en concreto, a nuestra consciencia de nuestra precariedad, de la vulnerabilidad del otro” (Andrés, 25) y él mismo, citando al Esposito de *Communitas*, añade lo que nos sitúa exactamente en el centro de la relación entre Josephine y Alaka o aún mejor de Josephine con Alaka: “el amor al vecino es directamente proporcional a la memoria del peligro común (*communis periculi*) que compartimos”.



Que el peligro común es la motivación central al acercamiento del que depende la supervivencia entre Josephine y Alaka es evidente. Sin las circunstancias de aislamiento y de frío extremo, de hambre llevada al límite en que se encuentran, sin el abandono ¿cómo iba a haber reconocido Josephine la existencia, aceptado la presencia, los cuidados, la intimidad, la necesidad de la otra mujer de su marido?

Así, de aquella autosuficiencia de que hace gala originalmente, Josephine va a ir cambiando. Y será aquel mal que trata de exorcizar, la otra, lo que acabe por humanizarla y devolverla en todos los sentidos y con todos sus sentidos a la vida. De aquel personaje sujeto a la idea, al proyecto de su marido, se convierte en una mujer, porosa, sintiente, doliente que ha internalizado, por la fuerza, su propio mal.

Apenas ha salido con vida de todo ello y quien ahora habla en primera persona ha conocido la muerte, la crueldad extrema de la ley que fosiliza la vida y las vidas de las que prescinde, la ley de su marido que convierte las vidas en prescindibles (la suya y la de sus hijos durante las décadas de matrimonio y abandono, la de Alaka y el hijo de ambas, la de los hombres de la expedición, la

de los inuit que los han ayudado y que han perecido, la de los perros sin los que nada habría sido posible).



Quien habla y cuenta su historia, cuenta también la de Alaka, de quien ha conocido la generosidad sin límites, el amor de la otra, la proximidad de los cuerpos que se han compartido y proporcionado comida, masticado, cazado para la otra, temblado juntas de miedo, de hambre, de frío y de desamor). Josephine ha sentido emociones, y, por ellas, ha reconocido la confianza de la otra y en la otra.

Esa es la Josephine con quien nuestro corazón sí que late, la de las emociones compartidas, la frágil, la porosa, la que ha visto el lado oscuro y sabe que no podrá dejar de verlo ya más, la que tendrá que saber vivir con el conocimiento de que no hay paraíso. Pero a esto no se ha llegado fácilmente y además de haber estado tan cercana a la muerte, ha tenido que luchar también contra la incredulidad, la reacción-negación-intento de expulsión inmunitaria y finalmente, la protagonista ha tenido que verse involucrada en un vecinaje imprescindible pero durísimo, que ha sido y será para siempre una violencia incorporada, difícil de aceptar, pero a la que debe su nueva vida ya no paralizada sino con ensamblajes, con piezas, compleja, adulta.

Levinas ha prestado atención al hecho de que con nuestra vecina no tenemos una relación aislada. Lo que es particularmente interesante para la que se establece entre Josephine y Alaka. Rodrigo Andrés (26-27) escribe pensando con Levinas que “aunque se trate de un Otro, éste (el vecino) es otro con otros; de hecho, la relación con el vecino no es puramente o solamente recíproca, sino que tiene lugar *en* la comunidad, la cual, necesariamente, va a afectar la relación [...]”. En el caso de la relación, simbiótico-vecinal entre Josephine y Alaka, ésta está mediada por ese otro con quien Alaka también mantiene una relación, el marido, hombre de cada una de ellas. Pues en *Nadie quiere la noche*, porque nadie quiere esta noche, la vecina de Josephine es la mujer con quien su marido va a tener un hijo, mientras la protagonista principal ha estado mantenida a distancia durante años por una “causa noble”, la de la expedición, el progreso, la ciencia. Todo ello da una vuelta de tuerca a aquello de amar al prójimo. No se puede amar al vecino, a la vecina en un vacío comunitario, sino en una red relacional. Cuestión ésta nada fácil en el caso que nos ocupa: el de la otra mujer del marido de nuestra protagonista.

Ese mandato de amar al prójimo, a la vecina como a una misma es un auténtico reto que Josephine decide ignorar y rechazar al principio, pero que poco a poco va aceptando, imponente como es esta prueba, que no desaparece, sino que se instala en su vida.

En estos fotogramas vemos la primera conversación entre ambas. Josephine encuentra comida, para ella incomedible, cada día a la puerta de su cabaña. Descubre aquí que es Alaka quien se la ha dejado. Y cuando se la agradece, le dice que no puede comer eso y que se va a cazar, Alaka se ofrece a ayudarla. Josephine insiste en que no ve como podría serle de ayuda y Alaka, anticipando lo que va a venir, le dice que tiene ojos que ven bien y dientes fuertes para masticar... También intenta un acercamiento cuando se identifica con Josephine como mujer. Identificación, ayuda y compañía que Josephine amablemente desprecia. En otras palabras, Josephine le hace saber que no tienen nada en común.



De

aquel echar fuera a la otra de Josephine, de aquel cada una en su casa y de aquel afirmar que su casa es la que vale porque es la civilización y es la ley (tú no eres más que una piedra en su camino, le dice a Alaka), a pesar del continuado intento distanciadador, Josephine se va a ver obligada a dejarla entrar solo lo justo para saber, para continuar en control inmunitario. A este primer paso, le sigue el dejar que se instale dentro de la casa, en una proximidad que es reconocimiento de la otra (Alaka la cuida y la salva de la muerte); a continuación, se pasa a un vivir juntas (por todo lo que venimos viendo, más el inminente nacimiento que es constatación viva del reto originario). Y finalmente, Josephine se traslada al iglú, territorio-casa de la otra, ahora de ambas y luego de ambas y el niño, hasta casi morir las dos juntas. El recién nacido, prueba del conflicto, muere; ellas son salvadas *in extremis*; Alaka, finalmente, sacrificada.

Parecería que con ambas muertes se restauraría aquel orden primero. Pero sabemos que Josephine ya no habita ese orden o tal vez sea la idea la que no encuentra en ella un cuerpo en que habitar. Ya no será más la señora Peary, porque para sobrevivir ha tenido que ser inoculada de otredad y para seguir viviendo tras la muerte real de Alaka, —esa otra mujer, como ella misma, abandonada a su suerte, a su muerte—, ésta, Alaka, tendrá que sobrevivir en el recuerdo de Josephine.

Venimos pensando con Esposito cómo “el veneno es vencido por el organismo no cuando es expulsado fuera de él, sino cuando de algún modo llega a formar parte de este”. Y, en otras

palabras, venimos viendo cómo la salvación de la vida “depende de una herida que no puede sanar porque es ella misma la que (la) produce”. En ese preservarse, la vida llega a “[i]ncorporar un fragmento de esa nada que quiere evitar, en realidad tan solo difiriéndola [...] Pero actuando de este modo [...] puede *prolongar la vida sólo si le hace probar continuamente la muerte*” (Esposito, 18, el subrayado es mío).

Como la película de Coixet es un ejercicio de coexistencia, de régimen no binario, una ejemplificación de que lo uno no se sostiene sin lo otro, su directora no va a bajar la guardia al final y nos reta a la coexistencia de al menos dos finales complementarios. Comenzaban estas páginas, hablando de la doble línea narrativa de la película, colonial y subjetiva. Aunque no queramos la noche y queramos buscar una ingenua tranquilidad y concluir en la luz, el trabajo de Coixet no nos va a devolver al estado pre-adulto de las seguridades, del parque temático y el final feliz y, por el contrario, nos hará considerar simultáneamente dos cuestiones. En primer lugar, que la aparente seguridad y la casa a que regresa Josephine, la civilización incorpora para su existencia, para poder existir el sacrificio ritual necesario; que a lo más que puede aspirar la civilización es al sacrificio de solo uno/a para salvar el todo. En este sentido las palabras de “rescate” de Henson (el primer hombre afroamericano en explorar y llegar al Polo) así lo muestran, cuando le explica, para tranquilizar, inútilmente, a Josephine, que es costumbre en la comunidad inuit que Alaka se reúna con su hijo muerto. Y vemos a Alaka internarse en la noche polar con su hijo en los brazos y avanzando hacia una muerte segura. Esta es la fórmula que legitima que Alaka deba morir y la elección de quién debe sobrevivir y quién no. Y es que para concluir esta vuelta aparente al orden y a la comunidad originaria de Josephine Peary, recordaremos que

[l]a comunidad es una violencia diferida, que se diferencia de sí misma duplicándose en *otra* violencia. La hendidura que por un momento se abre en el corazón de la violencia, para volver a cerrarse inmediatamente después como tenaza en torno a la víctima designada. Un cambio de lugar de la violencia, de lo propio a lo otro. De todos a uno: todos *menos uno*. Uno *en lugar de todos*. Aún cuando asume la forma de la no violencia, cuando parece anhelar la paz, la comunidad es el fruto oculto —una concesión y un producto— de la violencia. [...] Lo mejor que pueden llegar a hacer los hombres en el marco de la no-violencia es la unanimidad *menos uno*, menos la víctima expiatoria. (Esposito, 59)



Pero, además, y este es el otro final coexistente al de la restauración del orden, Alaka se quedará para siempre en Josephine como antídoto a aquella mujer sometida y plana que, ahora, adulta, y, aunque nadie la quiera, se lleva la noche consigo; se lleva esa herida reveladora, probablemente salvadora, y de la que emana y se produce vida, pero es esta una herida que nunca se cierra.



Obras citadas

Ahmed, Sara. *The Cultural Politics of Emotions*. Edinburgh: Edinburgh University Press, 2014.

Andrés, Rodrigo. "Amor al vecino y cuestionamiento de la nación en la literatura del siglo diecinueve". *The Figure of "the Neighbor" in 19th Century Literature*. Rodrigo Andrés. Ed. *LECTORA, revista de dones i textualitats*, 20 (2014): 15-46.

Coixet, Isabel. *Nadie quiere la noche*. Coproducción España-Francia-Bulgaria; Neo Art Producciones / Mediapro / Ariane, Garoe / Noodles Production / One More Movie.

Pierce Erikson, Patricia. "Josephine Diebitsch Peary (1863—1955)". *ARCTIC* 1 (2009): 102-104.

Esposito, Roberto. *Immunitas. Protección y negación de la vida*. Trad. Luciano Padilla López. Amorrortu: Buenos Aires, 2005.

---. *Communitas. Origen y destino de la comunidad*. Trad. Carlos Rodolfo Molinari Marotto. Amorrortu: Buenos Aires, 2003.